

*partir y difundir dicho trabajo. Este libro recoge las diversas intervenciones que tuvieron lugar acerca de las implicaciones de las diferencias de género en el ámbito laboral, educativo y psicoterapéutico.*

## **EL ESTUDIO DE LAS DIFERENCIAS ENTRE LOS SEXOS EN LA PSICOLOGÍA**

ANA GARCÍA-MINA FREIRE

*Departamento de Psicología Básica y del Desarrollo,  
Universidad Pontificia Comillas de Madrid*

Me gustaría iniciar esta exposición planteándoles una adivinanza.

«Un niño y su padre sufren un grave accidente de coche. El padre muere en el acto y el niño queda gravemente herido. Rápidamente una ambulancia trasladada al muchacho al hospital más próximo para que le operen. Al llegar a urgencias la persona responsable de cirugía le está esperando, se acerca y exclama al verlo: "Yo no puedo operar a este niño, es mi hijo." ¿Por qué no lo puede operar?» (Basow, 1992:2).

A lo largo de estos últimos años he ido preguntando esta adivinanza a diversos grupos de alumnos y profesores. Las respuestas han sido muy diversas: unos no sabían qué decir, otros en seguida planteaban que el médico no podía operarle porque era su madre, y un considerable porcentaje explicaban el suceso diciendo que «el niño era un bastardo», que

«los padres eran una pareja de homosexuales», que «el niño era adoptado y tenía, por tanto, dos padres: el natural y el adoptivo», o que «el médico se equivocó porque el niño era muy parecido a su hijo». En estos últimos casos se sorprendían al ver que no se les había ocurrido que era la madre.

## LA INTERPRETACIÓN CULTURAL DEL SEXO

En todas las culturas existe un modelo normativo acerca de cómo debe ser un varón y una mujer. A lo largo de la historia, en función del sexo se han distribuido roles, se han creado estereotipos y se han internalizado modelos normativos que a veces puede llegar a hacer impensable que a finales del siglo xx haya mujeres «cirujanas». Estas construcciones sociales inciden notablemente en la formación de la identidad y en los modos de enfermar; en el autoconcepto y en la manera en que se organiza la realidad. Llevan implícitas una serie de sanciones positivas y negativas que marcan de antemano las aspiraciones, las percepciones, el hacer y el poder del sujeto en el mundo (Lagarde, 1996).

Hasta bien entrado este siglo, estos modelos, llamados de *masculinidad* y de *feminidad*, se consideraban categorías ahistóricas y esenciales, correlatos del dimorfismo sexual. La masculinidad y la feminidad se definían como una oposición binaria universal. El conjunto de normas, valores, atributos, funciones y comportamientos, asignados desde el orden social a uno y otro sexo, se consideraban derivados naturales de la biología, se concebían como una realidad opuesta y mutuamente excluyente. Ser mujer equivalía a ser femenina y, por tanto, no masculina. Toda mujer que osaba desarrollar comportamientos atribuidos al varón era estigmatizada con la etiqueta de «bruja» o «desequilibrada mental»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Durante la Edad Media, aquellas mujeres que desarrollaban la capacidad de reflexionar o de conocer las artes de la medicina eran

Como indica Mischel, «probablemente ninguna categoría es más importante desde el punto psicológico que aquella que clasifica a las personas en varones y mujeres, y a las características en masculinas y femeninas» (1979:269).

Hasta bien entrada la década de los setenta, el estudio psicológico de los sexos estuvo impregnado de un gran cúmulo de prejuicios y de creencias infundadas. La variable sexo era una especie de cajón de sastre formada por una maraña de significados que más que revelar, ocultaban y equivocaban las numerosas semejanzas y posibles diferencias existentes entre varones y mujeres (Fernández, 1987).

## UNA PSICOLOGÍA SIN MUJER

En la psicología, como en otras disciplinas científicas, la mayoría de las veces las mujeres apenas estaban representadas en los estudios que se realizaban. Las muestras se componían de varones blancos, universitarios, de clase social media. Como acertadamente apuntan Hare-Mustin y Marecek (1994), muchos de los conceptos psicológicos eran definidos exclusivamente desde el punto de vista de la experiencia masculina. La teoría freudiana del complejo de Edipo, la propuesta teórica de Kohlberg sobre el desarrollo moral, o la desarrollada por McClelland sobre la motivación del logro son un claro ejemplo de estos sesgos teóricos y metodológicos. El varón era considerado la norma, y la feminidad su desviación<sup>2</sup>.

consideradas «brujas» y quemadas en la hoguera. Posteriormente, se fue refinando la censura y penalización que suponía transgredir la normativa social, y aquellas mujeres y varones que tenían comportamientos y características propios del otro sexo se consideraban «disfuncionales y psicopatológicos».

<sup>2</sup> La reflexión de Hare-Mustin y Marecek ilustra el escaso protagonismo de las mujeres como sujetos de investigación: «Había relativamente pocas mujeres que participasen en la psicología tradicional. [...] Eran invisibles incluso las que llevaban nombres

Hasta finales de los sesenta, el estudio sobre los varones y las mujeres se reducía a encontrar las diferencias que definían la esencia de la masculinidad y de la femineidad. Las diferencias observadas entre los sexos se consideraban productos de la biología. Y si las investigaciones no verificaban su origen biológico, se sustituían por otras interpretaciones deterministas, aunque tampoco estuvieran comprobadas (Shields, 1975). Por ejemplo, en 1887, Rüdinger consideraba que eran los lóbulos frontales los que explicaban la inferioridad de la mujer; posteriormente, cuando se comprobó que los lóbulos frontales de ésta no eran más pequeños que los del varón, sino mayores en sus valores relativos, se afirmó que eran los lóbulos parietales, claramente mayores en el varón, la sede de la inteligencia (Shields, 1975).

Al naturalizarse las diferencias, sutilmente se emitió el mensaje de que éstas eran inevitables e inmutables. La psicología, al igual que otras ciencias, fue creando una «mística de la femineidad y de la masculinidad»; un discurso esencialista, que justificaba y legitimaba las situaciones de discriminación y de desigualdad entre los sexos.<sup>3</sup>

---

destacados. Freud evoca a Sigmund, y no a Anna: Sherif implica a Muzafar, y no a Carolyn. Las Escalas de Masculinidad y Femineidad de Terman y Miles son conocidas como las Escalas de Terman; el Test de Apercepción Temática, creado por Henry Murray y Christina Morgan, recibe el nombre de TAT de Murray. En una entrevista reciente, Erik Erikson y Joan Erikson revelaron que su trabajo sobre la teoría del ciclo vital fue elaborada conjuntamente (Goleman, 1988); sin embargo, aparece sólo el nombre de él como su autor» (1994:22).

<sup>3</sup> Por ejemplo, EDWARD THORNDIKE (1914), en su obra *Educational psychology brief course*, expresa: «Las mujeres, por su naturaleza característica, se someten a los hombres. Un comportamiento de su misión no es manifestamente molesto cuando revise la forma de una respuesta instintiva a su estímulo natural. Éste es, seguramente, satisfactorio para todo el mundo» (citado por Shields, 1975:750).

## EL GÉNERO COMO LENGUAJE DE CIENCIA

Sin embargo, gracias a los avances que tuvieron lugar tanto en las ciencias biológicas (endocrinología, genética, neurología, embriología...), como en las ciencias sociales (antropología, sociología, psicología...) y en el ámbito socioeconómico (la revolución industrial, el movimiento feminista...), desde finales de la década de los cincuenta se comenzó a distinguir una gran variedad de realidades que hasta entonces habían quedado ocultas bajo el término «sexo», entre éstas la categoría «género».

Con la palabra *género* se designa a aquellas características, comportamientos, valores... considerados socialmente apropiados y deseables para el varón y la mujer, mientras que por *sexo* se hará referencia a los mecanismos biológicos que determinan que una persona sea macho o hembra (Unger, 1979).

Gracias a este constructo introducido en el lenguaje científico por el Dr. John Money, e incorporado en las ciencias sociales por las académicas feministas, se comenzará a analizar la cualidad social de las distinciones entre los sexos (Scott, 1990). Las condiciones de vida de las mujeres y de los varones, el desempeño de los roles y su adecuación a los estereotipos adscritos a su sexo empezarán a considerarse aspectos fundamentales para comprender el desarrollo psicológico de las personas y de sus modos de enfermar.

La demarcación *sexo/género* ha provocado una transformación en el estudio de las diferencias entre los sexos, así como el análisis de los roles y estereotipos sexuales. La ruptura de la analogía hasta entonces existente entre estas dos realidades permite que la masculinidad y la femineidad dejen de considerarse como dos categorías mutuamente excluyentes, naturales y atemporales. Al contextualizarse desde la realidad del género, estos constructos comienzan a concebirse como dos dimensiones socioculturales «inde-

pendientes» que pueden estar presentes en diferente grado en un mismo individuo.

## EL GÉNERO, UNA CATEGORÍA OPERATIVA

Una de las primeras áreas que se revisó en profundidad en las investigaciones realizadas sobre las diferencias entre los sexos fue la *metodología* empleada. Desde principios de los setenta se desarrollaron un gran cúmulo de estudios donde se puso de manifiesto que muchas de las supuestas diferencias entre varones y mujeres eran debidas a sesgos metodológicos en que se incurría al elegir las cuestiones que se planeaban, al confeccionar los diseños de investigación, al realizar la recogida de datos y el análisis estadístico, así como al interpretar los resultados y en la publicación de los mismos.

Uno de los problemas metodológicos más criticados fue el *sesgo en la selección de la muestra*. Numerosos estudios han puesto de manifiesto que en muchas de las investigaciones se utilizaban con mayor frecuencia a varones que a mujeres. Carlson (1971), en un interesante estudio basado en 226 investigaciones de personalidad publicadas en 1968, encontró que para muchos investigadores la composición de la muestra no parecía ser un hecho relevante, ya que en 122 estudios no se ofrecía este dato. En los 104 estudios restantes halló que, en su conjunto, la composición de la muestra estaba muy desproporcionada, apareciendo el doble de varones que de mujeres, cuando éstas eran objeto paritario de la investigación.

Asimismo también se ha observado que en una gran cantidad de investigaciones la conducta que se pretendía estudiar influía en la elección de la composición de la muestra, o en las medidas a utilizar. Por ejemplo, como indicamos anteriormente, McClelland y colaboradores (1953) realizaron sus investigaciones sobre la motivación

de logro únicamente con varones, justificando esta decisión en que para ellos es el varón el que necesita el éxito, mientras que las mujeres lo que necesitan es aprobación. Prodi, Macaulay y Thome (1977) encontraron que la gran mayoría de los trabajos sobre la agresión estaban realizados con varones, y cuando esta variable se investigaba con mujeres, se modificaban las pruebas utilizando cuestionarios de lápiz y papel en vez de pruebas conductuales. Este mismo hecho fue recogido por McKenna y Kessler (1977). Al analizar más de 51 estudios sobre agresión y atracción interpersonal constataron que en los estudios de agresión las muestras estaban mayoritariamente formadas por varones, mientras que en los estudios sobre atracción interpersonal la muestra era en su mayoría de mujeres. En ambos casos encontraron que en función del sexo de la muestra las medidas eran diferentes.

Otro de los sesgos que se puso de manifiesto en estas revisiones críticas fue el *influjó del sexo del experimentador y/o del observador en la recogida de los datos y en la interpretación de los resultados*. Desde que Rosenthal (1966) señalase el papel que tienen las creencias del experimentador, así como su presencia, en el proceso de investigación, se ha demostrado que el sexo del experimentador y/o del observador pueden influir considerablemente en los resultados de la investigación. Por ejemplo, Rumenik, Capasso y Hendrik (1977) encontraron que el sexo del experimentador influía en la colaboración que manifestaba la muestra en tareas de aprendizaje verbal y de percepción motora. Constataron que los niños cooperaban mejor con las experimentadoras, mientras que los adultos colaboraban mejor con los experimentadores. En un interesante estudio sobre la influenciabilidad social, Eagly y Carli (1981) hallaron que los investigadores tendían a informar sobre aquellas conductas que son socialmente más deseables para los miembros de su propio sexo. Mientras que los investigadores varones descubrían que las mujeres eran más persuasibles e influenciables que los varones, las investi-

gadoras tendían a no encontrar diferencias significativas entre los sexos en influenciabilidad.

Por su parte, Condry y Condry (1976) demostraron la influencia que los pensamientos estereotipados de los observadores pueden tener en la interpretación de las conductas. A un total de 204 sujetos se les pidió que calificaran la reacción de un niño de nueve meses al abrirse una caja sorpresa, mientras la veían en una grabación de un vídeo. A la mitad de los observadores se les indicó que era un niño, y a la otra mitad se les informó que era una niña. Cuando el bebé mostraba una respuesta emocionalmente negativa, quienes creían que era un niño tendían a calificarla como ira; mientras que los que pensaban que era una niña la interpretaban como miedo.

### UNA NUEVA ETAPA EN EL ESTUDIO DE LOS SEXOS

La crítica sistemática sobre los sesgos en la investigación, junto con la incorporación de nuevas técnicas estadísticas de mayor capacidad analítica, favoreció un estudio mucho más riguroso sobre la psicología de los sexos. La precisión de las técnicas meta-analíticas permitió comprobar que las semejanzas entre varones y mujeres superan a las diferencias, y se puso de relieve que la variabilidad intrasexos es mucho mayor que la variabilidad intersexos.

Maccoby y Jacklin (1974), en su sistematización ya clásica sobre las diferencias entre los sexos, encontró que sólo había una evidencia experimental clara en tres aspectos del desarrollo cognitivo y en una característica de personalidad. Mientras las mujeres mostraban una mayor aptitud verbal que los varones, éstos aparecían superiores en aptitudes visual-espaciales, en la aptitud matemática y en agresividad. Años más tarde se realizaron diversos me-

taanálisis sobre la revisión de Maccoby y Jacklin y se constató que el sexo explicaba entre un 1 y un 5 por 100 de la varianza en las medidas anteriormente mencionadas. En general, los metaanálisis sobre esta temática parecen concluir que el sexo no explica más del 10 por 100 de la varianza en cualquiera de las medidas en donde aparecen diferencias entre los sexos (Eagly, 1987).

En estos últimos años se han comparado la magnitud de las diferencias encontradas en los estudios anteriores a 1974 con las halladas en investigaciones posteriores a esta fecha. Los resultados obtenidos sobre diferentes capacidades cognitivas indican que, en estas dos últimas décadas, las diferencias en estas variables están disminuyendo progresivamente (Feingold, 1988; Hyde, Fennema y Lamou, 1990). Esta tendencia también ha observado en la variable agresividad.

Pese a que las semejanzas entre los sexos son mucho mayores que sus diferencias, hasta mediados de los setenta este hecho no era considerado digno de mención. Un ejemplo de ello nos lo ofrece Jacklin (1981) a partir de una investigación de Di Pietro (1981) acerca del juego de peleas. Este investigador encontró que un 80-85 por 100 de los niños no se distinguían de las niñas en esta variable, mientras que un 15-20 por 100 de niños puntuaban significativamente más que las niñas. Sin embargo, pese a haber una gran superposición entre los sexos se suele dar más relevancia a ese 15 ó 20 por 100. Esta importancia dada a las diferencias también se ha constatado en la política de las publicaciones (Basow, 1992; Jacklin, 1981; Kupfersmid, 1988; Unger y Crawford, 1992). Existe una fuerte tendencia a publicar sólo aquellas investigaciones que aportan diferencias significativas, lo que lleva indirectamente a exaltar las diferencias y obviar las semejanzas.

Estos sesgos metodológicos ponen de relieve lo difícil que es investigar sobre la variable sexo. Nos encontramos que el sexo, en tanto variable organísmica o variable suje-

to, es una variable independiente que encierra en sí otras variables de muy distinta naturaleza (edad, educación, clase social, cultura, etnia...). Al interactuar con muchos otros factores psicosociales resulta muy difícil separar los efectos que cada uno de ellos ejerce en las diferencias de conducta. De ahí la importancia de establecer unos diseños de investigación que tengan en cuenta la compleja interacción que guarda esta variable con otras. Y no olvidar que el sexo (en tanto variable sujeto) es un dato descriptivo y no una afirmación causal<sup>4</sup>.

Como señala Helen Thompson Woolley, una de las primeras investigadoras que a principios de este siglo ya criticase el estudio realizado sobre los sexos «no hay quizá campo que aspire a ser científico donde los sesgos personales hayan sido más flagrantes, la lógica haya sido más martirizada al servicio y apoyo de prejuicios y donde afirmaciones infundadas e incluso tonterías y bobberías sentimentales hayan cometido tantos excesos como sobre este tema (1910:340)».

Si bien es cierto que ha habido un gran avance en torno a esta problemática, todavía queda mucho por cambiar.

## BIBLIOGRAFÍA

Basow, S. A. (1992): *Gender stereotypes and roles*, Pacific Grove, California: Brooks/Cole.

<sup>4</sup> Otra de las críticas que desde la psicología del género se ha realizado al estudio psicológico de los sexos ha sido interpretar que las diferencias halladas entre varones y mujeres fuesen debidas al sexo biológico, sin tener un apoyo empírico que lo justificase. Hasta bien entrada la década de los setenta, una práctica muy frecuente ha sido suponer que el sexo, en tanto variable sujeto, explica las causas de tales diferencias. Esta interpretación ha favorecido que se naturalizarán las diferencias, y que éstas sirvieran para justificar situaciones de desigualdad.

CARLSON, R. (1971): «Where is the person in personality research?», *Psychological Bulletin*, 75, pp. 203-219.

CONDRY, J., y CONDRY, S. (1976): «Sex differences: A study of the eye of the beholder», *Child Development*, 47, pp. 812-819.

EARLY, A. H. (1987): *Sex Differences in social behavior: A social-role interpretation*, Hillsdale, NJ: Erlbaum.

EMERY, A. H., y CARLI, L. L. (1981): «Sex of researchers and sex-typed communications as determinants of sex differences in influenceability: A meta-analysis of social influence studies», *Psychological Bulletin*, 90, pp. 1-20.

FEINGOLD, A. (1988): «Cognitive Gender Differences are Disappearing», *American Psychologist*, 43, pp. 95-103.

FERNÁNDEZ, J. (1987): «Posible fundamentación biológica de las principales diferencias según el sexo», *Estudios de Psicología*, 32, pp. 71-93.

FRODI, A.; MACAULAY, J., y THOME, P. R. (1977): «Are Women Always Less Aggressive Than Men? A Review of the Experimental Literature», *Psychological Bulletin*, 84, pp. 634-660.

HARE-MUSTIN, R. T., y MARECEK, J. (1994): «Marcar la diferencia», en R. T. HARE-MUSTIN y J. MARECEK (Dirs.): *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos*, Barcelona: Herder.

HYDE, J. Sh.; FENNEMA, E., y LAMON, S. J. (1990): «Gender Differences in Mathematics Performance: A Meta-analysis», *Psychological Bulletin*, 107, pp. 135-155.

JACKLIN, C. N. (1981): «Methodological issues in the Study of Sex-Related Differences», *Developmental Review*, 1, pp. 266-273.

KUPFERSMID, J. (1988): «Improving What is Published. A Model in Search of an Editor», *American Psychologist*, 43, pp. 635-642.

LAGARDE, M. (1996): *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Madrid: Horas y Horas.

MACCoby, E. E., y JACKLIN, C. N. (1974): *The Psychology of Sex Differences*, Stanford, C.A.: Stanford University Press.

MCCLELLAND, D. C.; ATKINSON, J. W.; CLARK, R. A., y LOWEL, E. G. (1953): *The achievement motive*, New York: Appellon-Century-Crofts.

MCKENNA, W., y KESSLER, S. (1977): «Experimental design as a source of sex bias in social psychology», *Sex Roles*, 3, pp. 117-128.

- MUSCHEL, W. (1979): *Introducción a la personalidad*, México: Interamericana.
- ROSHENTAL, R. (1966): *Experimentier effects in behavioral research*, New York: Appleton-Century-Crofts.
- RUMENIK, D. K.; CAPASSO, D. R., y HENDRICK, C. (1977): «Experimenter Sex Effects in Behavioral Research», *Psychological Bulletin*, 84, pp. 852-877.
- SCOTT, J. W. (1990): «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en J. S. AMELANG y M. NASH (Eds.): *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia: Alfons el Magnanim (versión original 1986).
- SHIELDS, S. A. (1975): «Functionalism, Darwinism, and the Psychology of Women», *American Psychologist*, 30, pp. 739-754.
- THOMPSON WOOLLEY, H. (1910): «Psychological Literature: A review of the recent Literature on the Psychology of sex», *Psychological Bulletin*, 7, pp. 335-342.
- UNGER, R. K. (1979): «Toward of Redefinition of Sex and Gender», *American Psychologist*, 34, pp. 1085-1094.
- UNGER, R. K., y CRAWFORD, M. (1992): *Women and Gender. A feminist psychology*, New York: McGraw-Hill, Inc.

## EL MALESTAR EN LA DESIGUALDAD

MARÍA JESÚS IZQUIERDO

Departamento de Sociología.  
Universidad Autónoma de Barcelona

El peso hegemónico que en la actualidad tiene el liberalismo, se ha traducido en el desarrollo de una cultura de los «derechos», y en una noción de los mismos de carácter individualista. Se supone que la manera de abordar los problemas de la vida en común es a través de la reivindicación y reconocimiento de los derechos, como algo a que es acreedor cada individuo, y como algo que debe ser reclamado a «los de arriba» o, en su defecto, denunciado. Forman parte del catálogo de los derechos, el trabajo, la salud, la educación, la intimidad, la información, la expresión, la elección de los representantes. Y el ejercicio de los derechos es cosa de cada persona. Visto de este modo, «las mujeres» son un agregado de individuos, cada uno de los cuales es acreedor a unos recursos materiales o simbólicos, con los que desarrollar un plan de vida. La igualdad y la libertad serían los prerrequisitos para trazarse ese plan.

Un segundo tema es la preocupación por la ética. Se denuncia la crisis de valores y la falta de valores, como si